

Fanky

—¡Basta! —le grité a Oscar empujándolo de arriba mío.

Mi esposo seguía cogiéndome como si yo fuese una muñeca inflable. Sentí que me había convertido en un electrodoméstico de la casa, una especie de cafetera o tal vez un lavarropa, cualquier cosa que prendés cuando la necesitas y después lo desenchufas y listo. Por un tiempo dejás de darle bola hasta que volvés a necesitarlo. Por mi parte, hacía tiempo que estaba fingiendo algo que realmente no sentía por él. Habíamos dejado de ser pareja para ser dos tipos que por casualidad viven bajo el mismo techo. Yo me daba cuenta de que a mi esposo ya no le importaba si me arreglaba o no, si me perfumaba o no, si iba a la peluquería o no, o si el cuerpo que tenía debajo y empujaba descargando toda su furia era el mío o el de cualquier puta que seguro tendría esas noches que sale con amigo con la excusa de que van a un asado. Había aprendido a que podía satisfacerme mucho mejor sola que con ese ser repugnante, que ni siquiera su función de padre hacía bien.

No sé de dónde saqué la fuerza o el coraje para hacer las valijas e irme, ni siquiera me importaba que él se quedara en la casa, ya que alquilábamos y lo poco que teníamos sólo nos alcanzaba para ir una vez al mes a la pizzería con las melli y comernos una grande de muzza con faina.

Cuando llegué a Ituzaingó, mi vieja me estaba esperando con los brazos abiertos. A ella nunca le había gustado Oscar y más sabiendo que me había dejado embarazada antes del casorio, como teóricamente nos indicaba el mandato de las monjas del colegio. Lo primero que hice al llegar fue llamar por teléfono a Vicky, mi gran amiga, y contarle que me había separado, que había tomado la decisión de dejar a Oscar y replantearme mis próximos años de vida de una manera distinta.

—¡Che negra! ¿Vos estás segura? Sola... con dos pendejas... sin laburo... —me sermoneó mi amiga entendiendo que era su obligación

decirme lo políticamente correcto, pero yo sabía que en el fondo daba saltos ornamentales de alegría por la decisión que había afrontado con mucho huevo.

—¡No voy a parar! ¡Yo no tengo dudas! —le contesté y me prometió organizar una salida con la gorda Betty para festejar mi despedida de casada.

Al fin de semana siguiente me vendrían a buscar en el auto de la gorda para ir de joda a un boliche de Ramos Mejía. Era un cambio de dirección, otra oportunidad, era algo que me sacaba veinte años de encima y la ilusión volvió a mi cuerpo y me dio ganas de ponerme linda, de volver a gustar, de seducir y si de paso se encontraba algo potable... ¿por qué no...?

Esa semana me fui al shopping y me compré una pollera bien cortita, un top de lentejuelas que resaltaban mejor mis tetas y unos zapatos bien altos pero también cómodos que me estilizaban. Era mi momento, quería bailar toda la noche, tomar unos tragos y olvidarme de todo.

Ese sábado llegaron las dos, tocando bocinazos como locas. Yo no había terminado de arreglarme. Les dije que pasaran, que no hicieran quilombo, que se iban a quejar los vecinos. Las hice pasar, saludaron a mi vieja que se puso feliz de verlas. Nos fuimos a mi pieza de soltera, yo hice una rápida incursión por la heladera y me traje una botella de cerveza fría y tres vasos para que nos fuéramos poniéndonos a tono. Las nenas estaban mirando dibujitos en el comedor con mamá. Nos terminamos de retocar el maquillaje y nos mirábamos al espejo como si fuéramos tres potras. Éramos tres lobas salvajes que salíamos de cacería para alimentar nuestro ego y para divertirnos como lo hacíamos en nuestra época de la secundaria.

Subimos al auto y fuimos directo al boliche. Estacionamos donde pudimos y bajamos corriendo hacia la fila que se había hecho interminable. Me acomodé la pollerita que se me había subido y empecé a fichar para todos lados de la manera que miramos las mujeres cuando queremos ver todo y que parezca que estamos interesadas en nada.

—Somos libres —me dice Vicky sacándose con dos dedos el chicle que venía rumeando en el auto.

—Libertad es como es sachet de mayonesa que estrujas desesperada cuando vez que ya no queda ni un poco —le contesto sin entender de donde me había nacido esa veta filosófica.

Me acomodé el corpiño y miré con complicidad a mis amigas. Gracias a la luz de un reflector pude ver que la gorda Betty estaba pintada como esos indios sioux antes de ir a la guerra.

Ya en la puerta del boliche me di cuenta de que uno de los patovicas me miraba distinto, me sonríe y me había guiñado un ojo. Eso me hizo subir tres escalones a mi autoestima para entrar como una triunfadora de la vida junto a mis dos compinches. Seguramente el flaco hacía lo mismo con todas las minas, o tal vez tendría un tic o una basurita en el ojo, pero a esa hora de la noche y con el grado de alcohol que corría por mis venas ya no me importaba.

La música estaba al palo y todo el mundo saltaba y bailaba como si el apocalipsis se iniciara en un par de horas. Las bolas de espejos reflejaban la luz de los laser formando figuras amorfas al atravesar el humo que cubría todas las cabezas.

Fuimos a la barra y nos pedimos dos Cosmopolitan, a mí me gustan los tragos dulces. Necesitábamos sentirnos que estábamos bien *power* para poder atrevernos a todo. Las tres bailábamos sensuales entre nosotras, provocando a los flacos para que se acercaran y así poder elegir entre muchos cuál era el que más nos gustara. Yo movía mi cadera y flexionaba mis rodillas a derecha e izquierda con mis brazos apuntando al cielo y mi cabeza bamboleándose como si estuviera poseída por un demonio sexual. No faltó mucho tiempo para que llegara un morocho bastante pintón y me invitara a la pista. Creo que se llamaba Juan Ignacio. Lucía una remera negra de

algodón que sin duda se la habían pintado sobre la piel. Tenía más horas de gimnasio que yo de darle de comer Vitina a las mellizas.

Seguí con mis movimientos sensuales pero mucho más intensos. Yo era la reina de la fiesta. De vez en cuando se me daba por abrir los ojos y mirar si había gente conocida en los sillones de los costados. De pronto veo un flaco con una cara familiar. Hice memoria y recordé que era un tal Julito, amigo de Oscar. Él me lo había presentado un día que salíamos empujando el carrito del supermercado. El tipo no estaba solo, estaba con un grupete, de inmediato la curiosidad me forzó a agudizar mis técnicas de disimulo y poder ver si había más amigos de Oscar. Tiro un paso a la derecha y otro para atrás y hago que el morocho pintón o sea Juan Ignacio se quede mirando de espaldas al grupo, de esa manera yo podía bichar por debajo de sus brazos musculosos que pasaba detrás de él. ¡Oh sorpresa! Dos lugares más atrás de donde estaba Julito, se para un tipo muy parecido a Oscar, tan parecido que tenía las mismas entradas que Oscar, el mismo naso que Oscar, pero tenía una barba bien prolija de no más de cuatro días, que Oscar no solía tener. El chavón servía champagne a troche y moche a todos sus amigos. El guaso agarra la botella y toma del pico escupiendo para todos lados. Una rubia despampanante se para, lo abraza y le mete un lengüetazo en la boca que me dio impresión a mí a pesar del Cosmopolitan. El tipo obviamente era mi Oscarcito y por lo que se veía no estaba ni un poquitito triste por nuestra separación, ni por no ver a las nenas, y mucho menos por dejar de coger conmigo.

A cualquier mujer, esta escena que les estoy contando, podría deprimirla. Esta científicamente demostrado que todas las chicas que se separan o al menos el noventa y nueve por ciento de ellas quieren que los tipos se mueran de tristeza, que se pongan gordos y feos, que se pesquen una enfermedad terminal y que nadie vuelva a verlos como hombres apetecibles, deseables, cogibles, para decirlo de alguna manera en la que todos entiendan.

Pero en mi caso fue todo lo contrario, yo debo ser de ese uno por ciento que no me importó en absoluto lo que acababa de ver, es más, me había alegrado muchísimo.

Cuando terminó el tema que estábamos bailando, le dije a Juan Ignacio si podíamos salir un rato del boliche ya que necesitaba un poco de aire, que el Cosmopolitan me había mareado un poco. Antes de salir le hice una seña a la gorda para que se quedara tranquila. Ella me guiñó un ojo. En la puerta seguía parado como una estatua el mismo patovica que me había guiñado el ojo, y esta vez como era de esperar también me guiño un ojo.

—Viniste con auto —le pregunté a Juan Ignacio.

—Si por supuesto. ¿Por? —me respondió mimoso.

—Es que no me siento muy bien y no quisiera pedir un Uber —le dije y quedé atenta a su reacción.

El auto lo tenía estacionado a dos cuadras. Fueron las dos cuadras más largas de mi vida. Miles de imágenes me vinieron a la cabeza, estaba con un desconocido y lo que estaba por hacer podía tener cientos de consecuencias. El auto de Juan Ignacio era una nave de esas que solo tienen los millonarios o las estrellas de la tele. Me abrió la puerta como un galán. Tenía asientos de cuero suavecitos, suavecitos. Él entró en el auto a pesar de su musculatura. Puso música romántica en su estéreo, era mucho menos estridente que la del boliche. No sé si eso fue lo que me relajó. Lo miré. Él me miró. Le sonreí, Él me sonrió. Antes que pusiera el motor en marcha, apoyé mi mano sobre de él que estaba firme sobre la palanca de cambio. Él me volvió a mirar. Arrastré su mano suavemente hasta mi pierna izquierda. Sentí su tensión. Hice que su camino hacia mi trusa fuese lo más lento y suave posible. En ese momento, pensé en el fin, pensé en todo lo que di y no me arrepentí. Lo ayudé a quitármela, su lengua enorme ya estaba dentro de mi boca. Su perfume era más dulce que el Cosmopolitan y quería embriagarme de él.

Hicimos lo que hacía tanto que mi cuerpo me estaba demandando. Gozar es tan parecido al amor, gozar es tan diferente al dolor.